

bra la venganza: brotará en la noche y estará ya buena para cosecharse á la mañana.

En fin el carro deja los baluartes, se mete por las calles todovía iluminadas, y despues toma esas calles sombrías en que el odio es mas implacable por que la miseria es mas grande.

Se le oye aun, como á un trueno lejano, cuando ya ha desaparecido.

¿Se sabe de donde viene y adonde va?

CAPÍTULO XXVI.

DESDE este momento ya no es la caída del ministerio la que el pueblo pide, es la caída del trono.

Un destacamento de la segunda legion entra por la calle Lepelletier encaminándose al patio de la alcaldía, calle Chauchat. Era seguida por todo un pueblo que gritaba: *¡á las armas!* y que le afeaba su retirada. Cada hombre tenia la muerte en el corazon y pedia marchar, pero el coronel no venia en ello.

El comandante de la guardia nacional de San German que habia asistido á la escena del hotel de los Capuchinos, y que habia puéstose precipitadamente su uniforme, se precipitó entónces en el interior del patio de la alcaldía: allí

encontró á M. Berger con trescientos hombres, poco mas ó menos, y preguntó si podia marchar sobre el hotel de los Capuchinos. El maire, revestido de las insignias de su autoridad, duda un instante: la posicion es grave pues desde este momento aquello es ya una rebelion.

Pero el destacamento, todo, grita: *¡adelante!* Pide cartuchos y se los niegan: las bayonetas bastarán. Sacan fuera un tambor y lo hacen que se aleje en la direccion de la calle del Faubourg-Montmartre tocando generala.

El destacamento de la segunda legion sale, corre al baluarte y se apodera del punto que guardaba el 14^o, el cual se retira por el lado del Carrousel. En este momento se oye tocar arrebato.

Al doble ruido del tambor y la campana, vibra la última hora de este dia de las fatales peripecias.

24 de Febrero.—Se oye en las Tullerías el doble arrebato que llama al pueblo á las armas, y á Dios al socorro del pueblo.

A la una de la mañana el rey ha mandado llamar por tercera vez á M. Molé. M. Molé no parece.

M. Guizot solo permanece fiel á aquel puesto del que el rey no puede decidirse á quitarlo ni él á abandonar.

Estos dos hombres que ruedan juntos hácia el abismo comun que cada uno ha cavado al otro, se harán ilusion mientras tanto que las paredes de los palacios reales sean bien espesas y sus puertas bien guardadas contra la verdad,

Están descontentos de la debilidad del general Tiburce y del desaliento del general Jacqueminot. Es menester dar el mando de las tropas al mariscal Bugeand; sí, es preciso manchar de sangre popular el escudo de Isly.

El nombramiento del mariscal Bugeaud para el mando de la plaza, es firmado por el rey y visado por Guizot.

El último acto del hombre de Gand, será la flecha de Parto.

Viendo el-rey que M. Molé no venia, habia hecho llamar á M. Thiers.

A las cinco y cuarto un hugier lo anunció.

M. Guizot y él se encontraron en la puerta; aquel saliendo y M. Thiers entrando.

Estos dos hombres, que se saludan con la política de dos enemigos que saben vivir, estaban muy lejos de sospechar que su doble carrera habia concluido.

M. Thiers encontró el nombramiento de Bugeaud sobre la mesa; lo aceptó pero con la condicion de que no se atacaria al dia siguiente ninguna barricada.

Ademas, pidió se le anexase M. Barrot.

El rey consintió.

Entónces M. Thiers tomó una pluma y escribió la proclama siguiente:

“Ciudadanos de Paris:

“Se ha dado la órden de suspender el fuego. Acabamos de ser encargados por el rey de componer un ministerio.

La Cámara va á ser disuelta. El general Lamoricière es nombrado general en jefe de la guardia nacional de Paris.

“Son ministros MM. Odilon-Barrot, Thiers, Lamoricière y Duvergier de Hauranne.

“LIBERTAD—ÓRDEN—UNION—REFORMA.”

Esta proclama fué enviada á la policia, con órden de que la fijase en la noche.

M. Thiers, con esa confianza admirable que tiene en sí mismo y que, segun el tiempo es una cualidad superior ó un supremo defecto, M. Thiers, que creia en su popularidad y en la de M. Odilon-Barrot, no dudó en que al ver á la mañana siguiente el pueblo en todas las paredes su nombre y el de su colega, arrojaria las armas para aplaudir.

Se retiró á su casa esperando el dia muy seguro.

M. Guizot entró acabando de salir M. Thiers: se habia quedado en las Tullerias y el rey lo esperaba en su gabinete.

Se asegura que estos dos hombres cuya prevision, decian, es muy grande, estuvieron todavía una hora juntos, sin remordimientos por el pasado, sin prevision para el porvenir.

El poeta latino ha dicho:

“Jupiter ciega á los que quiere perder.”

Y sin embargo, podria decirseles lo que pasa en Paris.

En esta ocasion vino la noche entrándose sin que la ciudad se durmiese completamente.

La resistencia vela y organiza el combate para el dia siguiente.

Hemos visto aquella estraña noche en la que parecia que un terremoto universal conmoviata do el pavimento, en que un ejército silencioso de trabajadores levantaba una multitud de barricadas, y en que el pueblo, este admirable estrategista, tomaba sus disposiciones.

Las Tullerias eran las que á su vez eran ahora cercadas: el ataque, como una serpiente de mil cabezas y cuerpo gigantesco, habia envuelto el castillo real. Desde por la mañana cada una de estas cabezas comenzó á soplar fuego.

M. Thiers se despertó al ruido de la fusilería. La proclama que se habia fijado no estaba firmada y no habia omitidose mas que una cosa, enviarla al *Monitor*.

Los que la leyeron en las paredes la juzgaron un nuevo lazo.

Mas quizá la presencia de M. Thiers y de M. Odilon-Barrot, haga lo que no ha podido hacer su nombre.

Estrechan á M. Odillon Barrot á que monte á caballo y se baya á recorrer las calles: duda y acaba por declarar... que no sabe montar á caballo.

Lo levantan y lo sientan en la silla..... se le conducirá por la brida cual á otro Mardoqueo.

Mientras tanto, M. Guizot sale de las Tulleras por el portillo de l'Echele. Al llegar á la calle de Rivoli, resuenan do s

fusilazos cuyas balas vienen á gemir al patio del castillo; entra por el postigo del Carrousel y sube al Estado mayor.

Allí se le pierde de vista.

A las cinco de la mañana vuelve á entrar M. Thiers en las Tullerías: ha reunido á MM. Duvergier de Hauranne, Cremieux, Lasteyrie, de Remusat, de Beaumont y Lamoricière.

Es una especie de ministerio.

Da noticia de que M. Bugeaud será nombrado comandante de la plaza ha producido un efecto tan terrible, que la primera demanda de M. Thiers es su revocacion.

El rey revoca.

Se ha dado orden de que cese el fuego por todas partes y que solo se conserven las posiciones.

A eso de las nueve se oye un gran rumor en el patio mismo del castillo: llaman á los centinelas de vista, toman estos sus fusiles y se precipitan por el postigo. Tres ó cuatro fusilazos acaban de salir de la casa situada en la esquina de la calle de Rivoli y l'Echele.

La vanguardia del pueblo está ya allí.

La señora duquesa de Orleans hace cerrar aquellas ventanas de su habitacion que dan á la calle de Rivoli. Se retira á la casa del rey y manda que vistan á sus hijos y los lleven á casa de la reina.

Un instante despues los celadores entran con dos presos.

El patio del castillo se halla guardado por cerca de tres mil hombres y por seis baterías.

A las diez y media se reunen para almorzar como de costumbre, en la galería de Diana. Se espera un instante al rey el cual llega sonriendo, ¿Qué tiene que temer ahora que le cubre el escudo de la oposicion?

Se pone á la mesa y cada cual se sienta.

Apenas han comenzado á almorzar, cuando se abre una puerta y se ven aparecer, con desprecio de toda etiqueta, sin ser anunciados, á MM. de Remusat y Duvergier de Hauranne.

Son conducidos por M. de Lanbesein, oficial de ordenanza.

Los dos ministros no están pálidos sino lívidos.

Desean ver al señor duque de Montpensier.

El señor duque de Montpensier se levanta y hace seña con la mano al rey y á la reina de que se tranquilicen; pero la señal es insuficiente, todo el mundo se para, y el rey y la reina se adelantan hácia los dos ministros al mismo tiempo que el jóven príncipe.

—Señor, dice M. de Remusat, ¿V. M. no sabe, pues, lo que pasa?

—¿Qué pasa? pregunta el rey.

—Pues señor, aquí, en la plaza de la Concordia, á trescientos pasos de V. M., los dragones rinden sus espadas y los soldados sus fusiles.

—¡Imposible! exclamó el rey.

—Perdon, señor, dijo de Remusat, yo lo he visto.

Esta es la primera vez que la verdad llega á Luis Felipe.

Nadie piensa ya en sentarse á la mesa; el rey sale con los dos ministros, conduciendo al duque de Montpensier.

La reina corre tras de su marido y se une á él.

—Señor, le dice, montad á caballo y morid si es preciso: vuestra mujer y vuestros hijos os verán morir desde el balcón de las Tullerías.

En efecto, el rey monta á caballo y pasa revista á las tropas que se hallan en el patio de las Tullerías.

A estas tropas están unidos dos batallones de la guardia nacional.

La infantería de línea y la caballería gritan: *¡viva el rey!*

Muchos gritos de *¡viva el rey!* salen tambien de las filas de la guardia nacional; pero son acompañados de algunos otros de *¡viva la reforma!*

La reina y las princesas están á una ventana y siguen al rey con la vista.

El rey vuelve á entrar: M. Thiers lo espera; su esperan-

za ha sido engañada, su popularidad no está á la altura de la rebelion; pide la presidencia para M. Odilon Barrot.

En este mismo instante se sabe que M. Odilon Barrot se ha presentado en las barricadas, y que habiendo sido friamente recibido se habia retirado.

De esta manera la barca del trono hace agua por todas partes: en algunas horas son arrojados tres ministros á la mar y la tempestad continúa.

El rey toma la pluma y se dispone á firmar el nombramiento de M. Odilon Barrot para la presidencia.

En este momento tiene el rey cerca de sí á MM. Thiers, de Remusat, al señor duque de Montpensier y M. de Lamoricière.

MM. Thiers y de Remusat están parados delante de la chimenea, el duque de Montpensier habla muy bajo con M. de Lamoricière.

Está el rey en el bufete.

Oyese una animada fusilería por el lado del Palacio Real.

Repentinamente la puerta del gabinete se abre y se presenta M. de Girardin.

M. de Girardin, director de la *Prensa*, ha sido encargado, con M. Merruau, redactor en jefe del *Constitucional*, de publicar el bando que pone en el ministerio á M. Thiers y Barrot.

M. de Girardin está mas pálido, pero tambien mas tranquilo que de costumbre.

Se adelanta hácia el rey.

—Señor, le dice, ¿qué vá á hacer V. M.?

—A firmar el nombramiento de M. Odilon Barrot para la presidencia del consejo.

—Ya es muy tarde.

El rey le mira con asombro.

Es la segunda vez en la mañana, que se pronuncia esta palabra delante de él.

—Señor, no es ya un cambio de ministerio lo que el pue-

blo quiere, es una abdicacion. Abdicad, señor, ó dentro de una hora no habrá ya en Francia ni pueblo, ni trono.

El rey deja caer la pluma.

—Señor, dice M. de Girardin, volviendo á ponérsela en las manos, si hay un minuto de retardo todo se ha perdido.

El rey parece buscar alguna cosa á su derredor.

—He aquí la proclama inmediatamente; la he hecho imprimir con anticipacion, dijo M. de Girardin.

Y pone á la vista del rey un pasquin en el que se lee esta corta abdicacion:

Abdicacion del rey;

Regencia de la duquesa de Orleans;

Disolucion de la cámara;

Amnistia general.

El rey duda.

El duque de Montpensier se acerca.

—En nombre de la Francia, señor, abdicad; dijo.

—¡Eh bien! sea, dijo el rey, puesto que lo quereis; abdicó.

—Vuestra palabra, señor, dijo M. de Girardin.

—Está dada, respondió el rey.

M. de Girardin no pregunta mas, se precipita por las escaleras, sale de las Tullerías á todo correr y llega á la barricada de la calle de Saint-Honoré.

—¡Abdicacion! grita, ¡abdicacion! el rey abdica!

—¿Está escrita? ¿Está impresa? ¿Está firmada? preguntan. ¿En dónde está el acta?

—Va á presentarseosla al punto.

—¿No es para engañarnos aun? ¿No es un nuevo ardid? ¿No es una nueva trampa?

—No, bajo mi cabeza.

—Bien; pasad.

M. de Girardin pasa como un soldado que corre al fuego.

Oye la fusilería que peterrea en la plaza del Palacio Real y corre allá. Pero allí no tan solo la dificultad es mas grande sino el peligro mas urgente.

La fusilería tapa su voz; las balas silvan á su derredor.

—¡Abdicacion! ¡abdicacion! grita.

Algunos combatientes se detienen.

—¿Está escrita?

—El rey firma en este momento.

—Que se nos traiga la abdicacion firmada y entonces veremos.

El combate vuelve á comenzar.

En efecto, durante este tiempo el rey escribe estas palabras, triste y último autógrafo que quedará de la mano real.

“Abdico en favor de mi nieto, el conde de Paris. Deseo que él sea mas feliz que yo.”

Y firma.

El general Lamoricière toma la hoja de papel y parte á su turno.

El hijo del almirante Baudin se arroja tras el encargado de una mision semejante.

El uno irá á la plaza del Palacio Real, el otro á la de la Revolucion.

En este momento anuncian al rey que el mariscal Gerard, á quien ha hecho llamar, está á sus órdenes. Hace dos años que el rey no ve á este viejo amigo; pero á la hora del peligro se ha acordado de él y lo ha mandado llamar.

—¡Qué entre! ¡Qué entre! esclama el rey.

Y corre á recibirlo.

—¡Oh! mi bravo mariscal, le dice, todo trémulo de emocion, no es sino vos el que podrá sacarnos de este atolladero.

—Señor, responde el mariscal, no tengo que ofrecer á V. M. mas que mi vida y ella es toda vuestra.

—Id á ver á *esas gentes*, mariscal, y decidles que yo abdicó.

—Haced que se me dé un caballo, señor.

Se trasmite la orden; pero todo el mundo tiene de tal manera perdida la cabeza que no pueden encontrar otro caballo que el que acaba de montar el rey. Se lo llevan todo caparazonado de flecos de oro.

Sube encima de él con su paletó y su sombrero redondo, sale por la gran reja de las Tullerías, y atraviesa la plaza del Carrousel con una rama verde en la mano.

Solo que, como el 24 de Febrero no hay mas árboles verdes que los cipreses, con una rama de cipres es con la que marcha hácia el motin.

Llega á la estremidad de la calle de Santo Tomas del Louvre.

Allí una gran turba se precipita, reconoce al mariscal Gerard y grita: *¡viva el mariscal Gerard!*

—Amigos míos, dijo, os traigo una buena noticia, y que podeis creer: el rey ha abdicado en favor del señor conde de Paris.

Pero ninguna aclamacion responde á esta noticia. Gritan: *¡viva el mariscal Gerard!* y eso es todo.

Y gritando, gritando *viva el mariscal Gerard*, la multitud fué llevándose á empellones hácia la plaza del Carrousel en la que comienza á dejarse ver.

Entonces los soldados que están acampados en la plaza se retiran á las Tullerías y cierran las rejas.

El mariscal no puede tampoco entrar ya para dar cuenta al rey de su comision; comprende que todo se ha acabado ya, baja del caballo real, el que deja como trofeo á la multitud, y sale por el postigo del *bordo del agua*.

Lamoricière ha andado aun mas desgraciado que él; han tirado sobre él y una bala le ha atravesado una mano.

Ademas, un hombre del pueblo le apoyó el fusil sobre el costado izquierdo y tiró del llamador.

Mintió el fusil.

El hijo del almirante Baudin, no ha encontrado mas que un débil eco en la plaza de la Revolucion aunque á la verdad, el combate ha acabado casi por aquel lado.

Mientras los cuatro embajadores de la magestad espirante de nada sirven en los cuatro puntos, ella se quita el uniforme, desata su cordon, pone la espada sobre una mesa y se pone su vestido ordinario.

La reina le mira hacer, pálida, inmóvil. Se conocia inmediatamente que la altiva hija de Carolina, en quien la sangre de los Borbones no se ha alterado, hubiera querido mejor ver despojado así á su marido por la tumba que por la huida.

Se vuelve á M. Thiers y le dice:

—Ved vuestra obra, señor, vos sois quien habeis hecho eso.

M. Thiers comprende todo el respeto que debia á esta magestad decaida, y no responde.

—Los caballos, dijo el rey.

—Los traian, le responden, cuando han sido matados con el picador y los dos primeros del tiro.

—¿Entonces no hay nada que se parezca á coche?

—Sí, tal, señor, están dos coches en el puente Tournant, dos coches de la casa de un alquilador, dos coches sin libreas, sin armas. . . . así es mas sencillo.

—Entonces partamos.

El rey vuelve en sí un momento, toma sus llaves, abre una gaveta, busca como un hombre cuya razon está turbada, se levanta y vuelve á dar las llaves á M. Fain, diciendo: “Esperareis mis órdenes.

M. Cremieux se acerca al rey.

—¿Es bien entendido, señor, que la regencia es de madama la duquesa de Orleans?

—La regencia es del duque de Nemours, dijo el rey, una

ley se la dá. Ahora si quereis violar la ley, violadla en buena hora. Vamos, partamos, partamos.

Y sale el rey llevando á la reina por el brazo. Le siguen.

Toma el subterráneo que el emperador habia mandado hacer para el rey de Roma cuando iba á pasear, sigue el terraplen del *bordo del agua* y vuelve á bajar al hemiciclo: al ir por este pasa junto á un monton de arena, bajo el cual acaban de sepultar precipitadamente tres cadáveres [lisonja última á la magestad á la que no quiere entristecerse con la vista de la sangre], sale por la puerta que da al puente Tournant y se encuentra rodeado del pueblo entremezclado con la tropa.

Parece que está quebrantado y se apoya en la reina en vez de que ésta lo haga en él.

La reina llevaba la cabeza levantada y erguida y sus ojos arrojaban centellas.

Resonaron muchos gritos que respondian al requerimiento de

—Lugar á un grande infortunio:

Con *¡viva la Reforma! viva la Francia!* y algunos otros de *¡viva el rey!*

El grupo marchó de esta manera hasta el asfalto del obelisco, y allí se detuvo como dudando.

Inmediatamente la multitud rodeó al rey: se halló este comprimido por una masa viviente y pareció espantarse.

Y en verdad que habia por qué y era una rara coincidencia.

A diez pasos del lugar en que se hallaba el hijo de Felipe Igualdad, habia rodado sobre el cadalso la cabeza de su padre.

Entonces el rey soltó á la reina, levantó su sombrero y pronunció una frase que no se le oyó.

A poca distancia estaban parados los dos coches, en que el rey no habia reparado, á causa, sin duda, de su pobre apariencia.